



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XIII Núm. 50	Dirección y Administración CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24	SEPTIEMBRE 1924
---------------------	--	--------------------

Esta Revista Mariana pide rendidamente a la Virgen del Toro devuelva la salud completa al amadísimo Prelado, insigne Restaurador de su Camarín y Santuario.

Historias Marianas

La Virgen de la Roca

EN una de las más escarpadas costas del Mediterráneo y sobre unas agrestes rocas, hay una reducidísima capilla dedicada a la Santísima Virgen. Los cristales de la estrecha ventana que hay encima la puerta brillan de noche con la luz de la lámpara, alimentada por la piedad de las pobres familias de pescadores que habitan en algunas cabañas esparcidas aquí y

allí, y se mantienen con el producto de la pesca, que van a vender en la villa más cercana; y en las noches de tempestad es tan radiante el brillo de aquella lámpara, que muchos creen que la Santísima Virgen le comunica un destello del resplandor del cielo.

Gracias a esta luz, muchos marineros combatidos por las olas y rodeados de tinieblas, han encontrado la pequeña playa que se abre debajo de ella como un puerto de salvación, en vez de estrellarse en las rocas que hacen peligrosos aquellos lugares. Y todos aman a esa Virgen que les infunde ánimo y les sirve de estrella y cuya hermosa leyenda saben de memoria.

¡Oh! ¡Y qué es bien bella esa historia! ¿Queréis que os la cuente?

La velada comienza, el fuego arde alegremente en el hogar, y las vibraciones de la campana han hecho brotar de nuestro corazón

y nuestros labios la más hermosa salutación que han dedicado la fe y el amor a la Reina del cielo. Hablemos de María, y su dulce sonrisa alegrará nuestra alma y embellecerá por la noche nuestros sueños.

Hace años, no sé cuantos, había cerca la capillita una choza, de la cual quedan aún algunas miserables ruinas: en ella habitaba un osado pescador, llamado Pedro, en compañía de su esposa la piadosa y bella Rosa María, que había venido a llenar en el hogar del joven, el vacío que dejara en él la muerte de su madre. Pedro era honrado y laborioso, y su esposa había sido completamente feliz con él en los dos primeros años de matrimonio. Pero un día el joven encontró en la villa a donde iba a vender su pescado, algunos amigos que le llevaron a la taberna, y allí le hablaron de libertad, de fanatismo, de igualdad social y de mil cosas que no comprendía el rudo hijo del mar, pero que le chocaron, le sedujeron por lo extrañas. Y tanto al fin se apasionó por ellas, que, para empezar a poner en práctica sus flamantes teorías, un día mandó a su mujer que echase al fuego o al mar una pequeña Virgen de madera, toscamente labrada, pero de rostro dulce y cariñosa mirada, que ella había traído de su casa y que amaba y honraba como su mejor tesoro.

La pobre joven se echó a llorar y se negó rotundamente a obedecer aquel mandato. Pero como Pedro multiplicaba cada día sus blasfemias, amenazando con romper la imagen a pedazos con el hacha misma de cortar leña, para sus-

traerla a tantos insultos, Rosa María la sacó de su casa y la llevó a un hueco de la roca abierto en forma de nicho y resguardado de la lluvia. Allí iba a rezar cuando estaba sola y tenía libertad para hacerlo y traía a la Virgen hermosos ramos de unas flores blancas y olorosas que crecían en la arena de la playa y que ella colocaba entre toscos vasos de tierra cocida. Pero nunca se atrevía a encender luz en la improvisada capillita, ni aún en los sábados o fiestas de la Virgen, por temor de que su marido la viese y cumplierse sus amenazas.

En una negra noche de invierno, Pedro se hallaba en el mar echando sus redes. Los rayos se sucedían sin interrupción en el firmamento, el viento soplaba con furia, la lluvia caía a torrentes. Rosa María, llena de angustia, no pudo permanecer en su cabaña y se dirigió a una meseta cercana desde la cual se dominaba una inmensa extensión de mar. Desde allí, con los cabellos y los vestidos chorreando agua, se esforzaba inútilmente en sondear la oscuridad para descubrir lo que pasaba en la negra y agitada superficie que bramaba imponente debajo de sus piés. ¿Cómo era posible que la barca de un pescador pudiese resistir a tan deshecho temporal? Rosa María tuvo un instante de vértigo, sintió que aquella tumba abierta le llamaba, la atraía con la fuerza del imán. Pero en el mismo instante se acordó de la Virgen de la roca, de aquella Virgen que ella amaba tanto, y un rayo de esperanza penetró dulce nente por entre las tinieblas de su desesperación:

—¡Oh!—exclamó delirante—¡La

Virgen le amparará! ¡La Virgen es buena y escuchará mis súplicas! ¡Oh, madre mía! ¡No nos abandonéis! ¡No le dejes morir!—

Rosa María se dirigió a su pobre cabaña y poco después volvió a salir con una linterna encendida, que colocó a los pies de la Virgen; y arrodillándose ante Ella comenzó a rezar, sin saber casi lo que decía, pues las plegarias salían de sus labios convertidas en sollozos: pero ella no se cansaba de rogar, de importunar a la Reina del cielo. ¡Ella podía salvar a su esposo! ¡Ella le salvaría!

Y así había permanecido tal vez una, tal vez dos, tal vez tres horas, sin darse cuenta del tiempo que pasaba, cuando sintió que unos brazos húmedos rodeaban dulcemente su cuello y que una voz cariñosa y conmovida como ella no la había oído jamás, susurraba junto a su rostro pálido:

—¡Rosa María!...

—¡Pedro!...

¡Oh! ¡Qué momento! El pescador había levantado a su esposa y le abrazaba, murmurando palabras entrecortadas.

—¡Gracias, Rosa María! ¡Gracias mi querida esposa!... ¡Bendita seas tú! ¡Bendita sea la Virgen!—

Poco después, sentados junto a la brillante llama del hogar, que reanimaba sus miembros entumecidos, los dos esposos se miraban silenciosamente: creían soñar.

—¡Oh!—dijo de repente Pedro—hoy sí que me había despedido de tí y de la vida. ¡Qué horrible noche!—

—Pero la Virgen te ha conservado a mi amor. ¡Oh! ¿Cómo podré agradecersele debidamente?

—¿Qué se yo? Quisiera ser rico para regalarle una corona de brillantes que tú pondrías sobre su cabeza...

—¡Oh! ¡Con qué gusto y devoción lo haría! Pero, ¿cómo te has salvado? ¿Dónde estabas cuando se desencadenó la tempestad?

—¿Dónde estaba? Mar adentro, mucho más allá de la Roca negra: entonces he visto aquella nube siniestra que en un momento ha cubierto todo el horizonte: era imposible navegar a la vela porque el viento me era contrario... Luego las olas han comenzado a hincharse, a elevarse como montañas, la lluvia caía a torrentes, el viento se ha convertido en huracán... Al principio yo luchaba desesperadamente contra el temporal, pero la oscuridad se hacía a cada instante más densa y oía a lo lejos el estruendo de las olas al estrellarse en las rocas. ¿Qué hacer? Tal vez todos mis esfuerzos solo servían para llevarme más aprisa hacia la muerte...

Rosa María había cruzado instintivamente las manos. gruesas gotas de sudor corrían por su frente, sus ojos estaban bañados de lágrimas... Le parecía que ella también estaba luchando con el temporal, que sus fuerzas desfallecían, que el abismo se abría ya para tragarla ..

—Entonces,—prosiguió el pescador pasándose la mano por la frente como para desvanecer una pesadilla espantosa—entonces he soltado los remos, resuelto a entregarme a la furia del monstruo que a toda costa quería mi vida: pero en aquel instante una luz hermosísima, que a mí me ha parecido una

estrella del cielo, ha surgido de repente en la oscuridad, devolviéndome el valor y la esperanza. ¿Y qué podía esperar? Nada, absolutamente nada; pero mis ojos no se apartaban de aquel resplandor tranquilo y misterioso, y sin darme cuenta de ello, repetía con fervor: ¡Salvadme, Virgen María! ¡Salvadme!

—¡Y la Virgen te ha salvado!

—¡Oh, sí! Como si aqueila invocación amansase el furor de las olas, he sentido que mi barca, empujada por el viento, se deslizaba hácia aquella luz; y yo, lleno de ánimo he vuelto a remar otra vez con todas mis fuerzas, hasta llegar a la bendita playa que ya no creía volver a ver más. Después he atracado mi barca y he subido siguiendo siempre la dirección de la luz maravillosa, hasta que, aquí arriba, he encontrado la explicación del milagro. ¡Oh esposa mía! Tus oraciones y tu fe me han salvado. ¡Que Dios y la Virgen te bendigan!

El rostro de Rosa María estaba bañado en lágrimas de felicidad.

—Mi primer deseo, prosiguió el pescador, ha sido volver a nuestro hogar a la Virgen, que se ha vengado de mi impiedad salvándome la vida; pero después he pensado que otros jugadores podían encontrarse como yo, perdidos en las tinieblas y que la Estrella que ha sido mi salvación sería también la suya.

—Sí, tienes razón, respondió

Rosa María, la Virgen continuará en la roca y yo le encenderé luz todas las noches. Y si algún día tenemos dinero...

—¡Oh! No pienses en ello, respondió sonriendo el pescador, que había adivinado el pensamiento de su esposa.

Peo algunos años después murió el padre de Rosa María, dejando a su hijo un modesto dote y la agradecida esposa que no había olvidado el favor de aquella noche, al cual la Virgen había añadido muchos más, destinó una parte de aquel dinero a construir una tosca y reducida capilla a la Madre de Dios, que había salvado a su marido la vida del cuerpo y la del alma. Y Pedro, aplaudiendo el propósito de su esposa, contribuyó cuanto pudo a su realización.

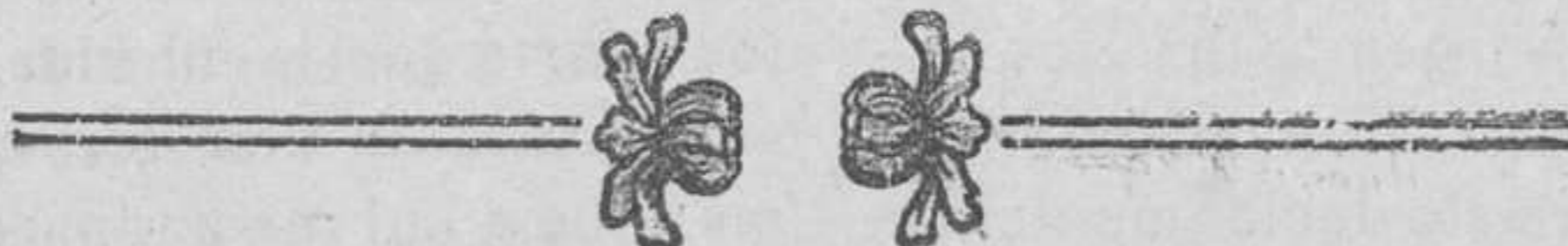
La linterna fué sustituida por una bonita lámpara y cuando por las noches Rosa María, ocupada en preparar la modesta cena del esposo ausente, no podía ir a encenderla, la reemplazaba un hermoso niño de rubios cabellos y rostro ligerámente tostado por las brisas del mar y los rayos del sol.

Era el hijo de Pedro y Rosa María.

.

Desde entonces todas las noches, y más brillante cuanto más arriencia al temporal, brilla como una estrella de salvación la lámpara de la Virgen.

Es el único faro que hay en aquella arrinconada costa...

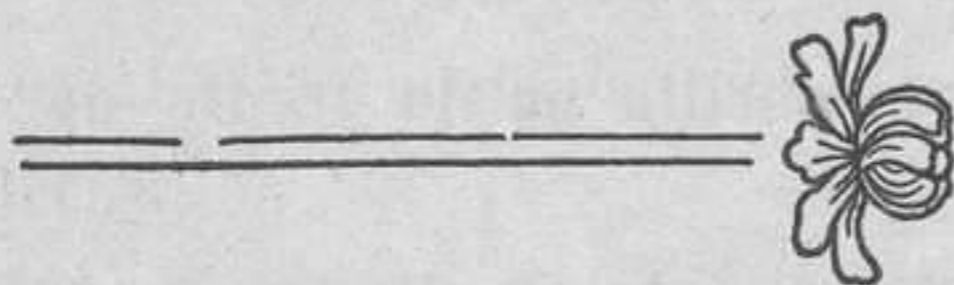


En este mes, en que conmemoramos la Fiesta Patronal de la Virgen del Toro, formemos el propósito de ser siempre devotos de tan buena Madre, dedicándole el día ocho de cada mes, ya que en ocho de Septiembre celebramos su Festividad.



LLUVIA ESPERADA Y PRIMERIZA

Desde una nube gris, que su velo tendió a la tarde por todo el cielo,



Por los campos de la historia

¿La frase documentaria: Essent dos horas de nit, se puede traducir por: Son las dos de la noche?

(Continuación)

De día era, y según Riudavets, por la tarde (1) cuando entró en el puerto de Mahón, el 1.º de septiembre de 1535, la referida armada, en la cual iban los temibles piratas *Barbarroja* y *Cochidiablo*, o sea el *Juheu*, como le llaman los jurados de la isla (2).

(1) Muy verosímil es cuando menos, esta versión del señor Riudavets (*Fracmentos de la historia de la Isla de Menorca*, artículo *Barbarrossa*, pág. 27,) si se la limita a la primera mitad de la tarde.

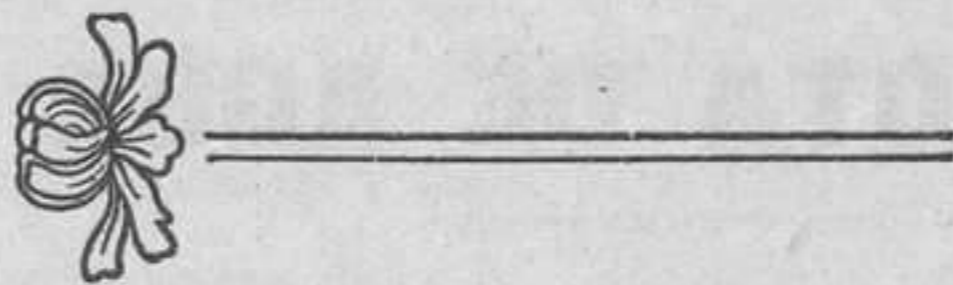
(2) En Menorca se le designaba, comunemente, con este segundo nombre, según afirma el señor Oleo, *Noticias histórico-topográficas de la Isla de Menorca* (inéditas), t. I, pág. 632.

du'ce, callada,
fresca, pausada,
como rocío de santidad;
cargada toda de ricos dones
y recibida con bendiciones,
la lluvia ansiada lenta caía,
de las montañas en la poesía,
de los sembrados en la humildad.

Y de las mismas fuentes sedientas,
y de las plantas amarillentas,

desde la honda
verde cañada, desde la fronda,
se levantaba suave rumor;
porque las plantas que revivían,
y aquellos bosques, y aquel paisaje,
todos decían en su lenguaje:

—Gracias, Señor...!—



No contando la plaza más que con unos 350 hombres aptos para las armas, apenas nota en las maniobras de la armada que ésta procede al desembarco, se apresura a hacer cundir la noticia, en términos que a *dos horas de nit*, del mismo día 1.º, las autoridades de la isla ya imploran, desde su residencia en Ciudadela, auxilio de Mallorca, y no han terminado todavía su no estensa carta, cuando ya pueden robustecerla y ampliarla con las nuevas noticias que reciben por un segundo correo.

Empiezan, acto seguido, en Ciudadela, los preparativos para acudir en ayuda de los mahoneses; circula, al parecer, la orden de que se concentre en varios puntos, la gente hábil y disponible de la isla al objeto de incorporarse al paso del anciano gobernador, y, sin pérdida de tiempo, éste se pone en marcha en la mañana del día 2, capitaneando el socorro que se cal-

Aquellos corazones los estremecía el placer y no los contraía el dolor, porque pasaban por alto todo lo que no era fiebre de vida mundana; mientras que Amparo, la chiquilla de creencias religiosas, espíritu recto, cuidaba de que socorriesen al pobre que llamaba a la puerta y que los sirvientes no se aprovecharan del descuido de los amos que vivían sin cuenta.

Día llegó en que vieron su vanidad sacrificada por no alternar con los opulentos ante la pérdida de su fortuna.

El padre, para no sufrir, quiso que su *Star* pasiese término a su vida, lo que impidió Amparo a fuerza de razonamientos, recordando a su tía y sus primas que únicamente en la Religión es donde hallan alivio las almas doloridas.

Desde entonces iban las mujeres a misa todas las fiestas; pero no por vanidad, como antes; temprano, a oírla con devoción, observando Amparo que su tía y sus primas detenían sus ojos en las llamas trémulas de los cirios del altar y rezaban de veras, reconociendo errores y pidiendo que el espíritu de Dios flotase sobre ellas.

En la casa se recogían ya todos temprano, menos Pepe Luis, que no se conformaba con la nueva vida, y hacía desvelar a su bondadosa prima, enamorada de él, porque era muy simpático, según ella pensaba, y ya le cojería alguna presumida que no sabría hacerle

feliz. Ella llegaría al sacrificio de callar aquel amor; pero que al menos que él supiera acertar en la elección de la que decide en bien o en mal, el vivir del hombre.

Una tarde hubo violenta discusión por negar el padre a Pepe Luis el dinero que le pedía, y éste anunció que les abandonaba, saliendo decidido a arreglar su equipaje, mientras la madre intercedía con el padre para que diese dinero al chico.

Amparo, resuelta, entró en la habitación de Pepe Luis, y con su vocecita armoniosa trató de hacerle desistir del viaje. No estaba bien que se alejase; allí le querían todos..., le querían mucho.. No debía dejarlos, y menos a la pobre mamá, esa figura que después de las santas cosas de arriba, merece todos nuestros respetos y todo nuestro amor.

Una onda luminosa envolvió a Pepe Luis, miró a su prima conmovido y le dijo apretando sus manitas pequeñas: — Bueno, está bien, me quedo; pero sólo por complacerte; y para no tener que pedir dinero a Papá, trabajaré.

¡Santa palabra! Y Amparo salió alborotando la casa con la noticia, que los padres no querían creer y las hermanas acogieron con gesto de duda.

Pepe Luis cumplió su palabra; ocupó su destino en casa de un conocido de su padre, y desde aquel día saldó cuentas con amigos y

formó tertulia con los de su casa, entre otras gentes modestas, en las cuales se hallaban dos muchachos de buenas costumbres y sueldos decorosos que les permitían vivir bien, y que ellos ofrecían con sus nombres honrados a las pretenciosas figulinas de otros días, que cruzaban entre el torbellino de fiestas, alejándose del remanso tranquilo de su hogar.

Charlando una tarde Pepe Luis con Amparo, contóle el buen resultado de un negocio, repitiéndole contento:

—Tú nos has salvado a todos; tus creencias católicas nos hicieron

fervorosos a nosotros, y tú sola supiste inspirarme el más santo de los amores. ¿Verdad que serías capaz de hacerme dichoso?

Ella sólo le dijo mirándole:

—¡Te quiero tanto!

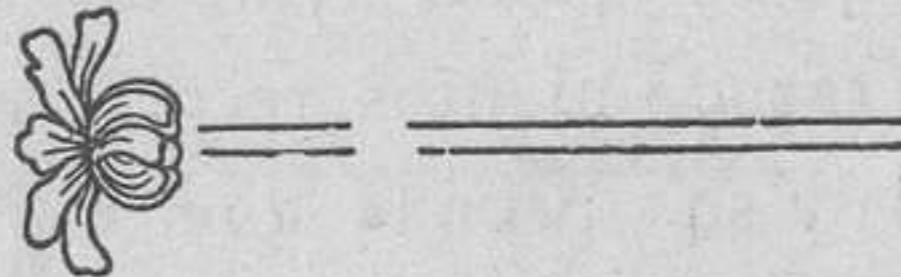
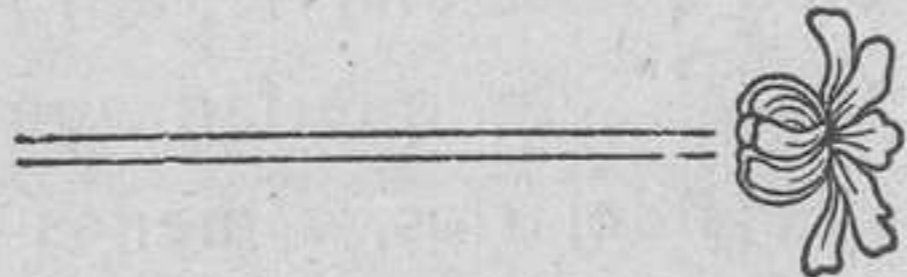
Dos graciosas chiquillas, ahogando el ruido de sus pasos, cegaron con sus manos los ojos de los dos; y soltando risas murmuradoras, repitieron:

—¡El amor, bendito el amor!...

Amparo dijo solemne:

—Pero antes, ¡bendita la Religión de Cristo, soberana Triunfadora!

X.



La NOVENA A NUESTRA SEÑORA DE MONTE TORO, seguida de un devoto ejercicio para honrar, el día ocho de cada mes, a la Reina de Menorca, compuesta por el M. I. Dr. D José Tuduri, Lectoral y Director

de esta Revista, e indulgenciada por el Excmo. Prelado, se vende en el Santuario, al mismo precio de 0'40 Cents, ejemplar. La precede un hermosísimo fotograbado de la Virgen.

